

## La campana del ingenio

Don Jorge Smith era un hombre muy trabajador. Él y su sobrina, doña Carlota, habían viajado desde Jamaica para visitar en Puerto Rico unos terrenos que don Jorge quería comprar. Luego de ver varios lugares, el señor se decidió por la antigua hacienda Rancho Viejo, y enseguida se mudaron a ese lugar.

—Éste será nuestro nuevo hogar. Lo convertiré en la mayor productora de azúcar de toda la Isla —le dijo don Jorge a su sobrina.

—A mí el sitio me parece un poco misterioso, pero me gusta —le contestó doña Carlota a su tío, mientras miraba al guapo mayordomo que venía a recibirlos.

Al principio, la hacienda sólo tenía una torre muy alta con un molino de viento y bueyes para triturar la caña. Pero, con el tiempo, Rancho Viejo se convirtió en la hacienda San Jorge, un



inmenso y moderno ingenio azucarero. En esta finca se cultivaba y procesaba la mayor cantidad de caña de azúcar de toda la Isla y su dueño, don Jorge, estaba muy orgulloso de todo el progreso que había alcanzado.

Con el tiempo, el molino dejó de funcionar, porque ya no era necesario, y don Jorge mandó a poner una campana en lo alto de la torre que aquél ocupaba antes. Ahora había muchos trabajadores y las campanadas servirían para despertarlos en las mañanas, o para avisarles el final de la jornada en las tardes. En una ocasión, la campana se rompió, pero enseguida la reemplazaron por una nueva.

—¡Tin tan, tin tan! —sonaba todas las mañanas.

—¡Son las seis de la mañana! ¡A despertarse! —gritaba don Conrado Maldonado, el primer mayordomo, a los trabajadores de la caña.

Don Jorge confiaba mucho en Conrado, porque era una buena persona y muy trabajador.